

1990

El cuarto viaje de Colón; El mayordomo de Moctezuma

Lucia Fox

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Fox, Lucia (Primavera 1990) "El cuarto viaje de Colón; El mayordomo de Moctezuma," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 31, Article 17.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss31/17>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

EL CUARTO VIAJE DE COLON

La noche esta vacía,
mis ojos son como navíos carcomidos
que me pesan
y lentamente arrastran la luz
de esa Europa lejana.

No fueron los hierros los que finalmente
proclamaron
la envidia o la injusticia de los señores.
Fueron mas bien los negros ojos
de los salvajes que no entendían
mi esclavitud.

Las gallinas con lana de plumas,
las niñas espolvoreadas como putas,
me recordaron que había cruzado
una vez más
ese abismo de plomo que tenían tanto
porque nos devora poco a poco.
Si la tierra redonda los sabe perdonar
por su ignorancia
no sabrá nunca perdonarme
por haberme atrevido a conjugar
signos dislocados.

(La vieja amortajada por los pelos
y ese rústico que solo hechiza estrellas)
Yo los fui a espiar una noche
comían carne que parecía en celo,
tenían los cuerpos descubiertos
y miraban abajo hacia sus tumbas.
No me atreví a confesarmelo

pero era yo quien estaba ahí
deleitándome con su concupiscencia.

Cerré los ojos,
me pesaron más y la tormenta arreciaba.
Subía agua, parecía el fin del mundo.

- "No temas, confía:
todas las tribulaciones están escritas
y no sin causa."

Pero yo sabía que la voz mentía
porque sí había causa."

— "Del oro se hace tesoro
y con él
hasta el paraíso se abre."

Era por mi culpa
que ese oro corría como un enano
sin misericordia y con causa.

Tal vez todo no se hizo
por su real mandado — interfería
una vocecilla tierna como la de los medrosos
hechiceros del Cariay
y yo le respondía con prejuicios y miedo
que en mí todo tenía
la prisa de la barca por la sal y el agua.
Ese mandato habría sido mío
aunque yo no hubiera cruzado el océano.

La blasfemia era mi amante secreta
(oculta a los ojos del mundo por tantos años:
mis cabellos blancos, mi cuerpo enfermo
la habían secuestrado,
la habían hecho entrecruzarse
a mis venas y a mis cicatrices
y nadie sabía realmente que en todos esos viajes
me había chupado un poco de esa amargura
que me acompañaba como una coraza
de musgo podrido).

Acabo de escribir: "quiero hacer
mi última peregrinación a Roma, quiero morir en paz,
quiero volver,
quiero volver..."
No es verdad que vine por ganar honra

ni hacienda,
vine por otras cosas que solamente yo sé.
Un día me lo quise explicar
al ver la mar alta y fea
— quería doblegarla en lo más
escondido,
quería hacerla mía
para poder al fin
encontrar mis propias costas.
Verdad que los demás no parecían querer
otra cosa que las riquezas,
pero yo fui fiel
a mi extraña obsesión de crueldad y martirio.
Me veía muchas veces abandonado a la playa,
los enemigos nuestros, ahora enemigos suyos,
el cielo abajo,
el infierno arriba
y yo separando tinieblas y
aguas
trizadas como órganos de niños
soplados por trombones
de mareas inmensas.
Y no tenían otro cielo
que el mío
de buen creador.

Mi amante secreta me daba nuevas lenguas,
que yo jamás había oído pero que ahora
podía entender en gestos.
Mi amante secreta sabía cosas
y yo quería enterrarla en linos nobles
y en cementerios bendecidos.
Al fin del cuarto viaje
quería yo al fin cerrar los ojos
y descansar de mi lucha de tanto tiempo
contra tantos reyes y mareas.

EL MAYORDOMO DE MOCTEZUMA

No me dejan quedarme
y ya quisiera dejar a Moctezuma
en algún sitio.

Las caras indignadas me alejan
no lo quieren ahora

— cuando antes vivo
les hubiera podido exigir
hasta la lengua.

No temen ni al castigo del más allá.
Cuando un niño vino a curiosear
le asombró mi muerto,
era más hermoso que el pájaro muerto
que llevaba en las manos
y que acababa de derribar de una pedrada.
Los adultos lo llamaron,
le dijeron algo
y él corrió con espanto.

Hace ya muchas horas que busco reposo
para mi muerto
que ni siquiera se queja
(aunque podría indicarme el camino más corto
para su próxima salida de agua y fuego).

Yo soy tan solo
el mayordomo del Varón.

El no se preocupó de mí cuando estaba vivo
hasta creo que no me diferenciaba del resto.
Solamente una vez
lo observé mirándome los tobillos
- yo no lo había notado antes,
pero se me había quedado una brizna pegada
al cruzar el camino.

Ahora que lo considero bien
él no miraba mi talón
miraba la brizna que parecía un hilo verde,
tieso, que se movía alegremente
con cierto ritmo animal
cuando yo me movía.

Mi señor miró después al otro lado,
a lo lejos, el polvo anunciaba enemigos

y caballos.

Ellos vinieron muchas veces
a verlo,
él era un prisionero
pero de él dependían la comida, la cama
y hasta el valor.
El era un parapeto
y ellos lo sabían.
El se esforzaba en comprender
lo que se tramaba contra él.
Ultimamente noté que se despertaba
a menudo,
que daba vueltas haciendo un calendario
con los pies.
Hasta lo oí sollozar, su voz era la de un peregrino
que está a pocos pasos del santuario.
Pero no llegaba.

Era verdad que en aquellos días
todos avanzaban
pero el fin se abría
en otra dirección.

Y había que comenzar o esperar
o seguir hasta que se cumpliera
el signo de los brujos.

¿A quién pasaré a servir después?
¿A quién irán mi mujer y mis hijos?
El me pesa más ahora,
sus ojos están cerrados
pero parecen recordar parajes viejos.
Aquí huele a nosotros,
aquí lo incineraré.
Los rayos rojos vendrán al fin a verlo,
quizás hasta yo me decida a quedarme con él,
es tarde,
el viento sopla
y amenaza llevarme.